



FORMACIÓN PERMANENTE 2024



LA ORACIÓN DE JESÚS

OCTUBRE - NOVIEMBRE

LA ORACIÓN DE JESÚS

1. Oración del Jubileo

*Padre que estás en el cielo,
la fe que nos has donado en
tu Hijo Jesucristo, nuestro hermano,
y la llama de caridad
infundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo,
despierten en nosotros la bienaventurada esperanza
en la venida de tu Reino.*

*Tu gracia nos transforme
en dedicados cultivadores de las semillas del Evangelio
que fermenten la humanidad y el cosmos,
en espera confiada
de los cielos nuevos y de la tierra nueva,
cuando vencidas las fuerzas del mal,
se manifestará para siempre tu gloria.*

*La gracia del Jubileo
reavive en nosotros, Peregrinos de Esperanza,
el anhelo de los bienes celestiales
y derrame en el mundo entero
la alegría y la paz
de nuestro Redentor.*

*A ti, Dios bendito eternamente,
sea la alabanza y la gloria por los siglos.*

Amén.

2. Orientaciones para la reflexión

Introducción

La presente reflexión se centra en *la oración de Jesús*. Jesús es un hombre de oración, es un orante. Desde su experiencia de contacto con Dios, él nos regala una forma y un contenido para orar. El discípulo contempla a Jesús y encuentra en él el referente, el modelo para su propia oración. En este material contemplamos a Jesús orante, y nos detenemos en su forma de hacer oración, en el contenido de ella y, también en la oración que él mismo nos dejó como referencia para hacer nuestra propia oración.

Jesús ora

En todo el Nuevo Testamento hay testimonios de que Jesús ora: los evangelios, las cartas y los otros textos dan fe de que Jesús ora e intercede ante Dios por los hombres. En el inicio de su ministerio, Jesús ora (Lc 3,11: Bautismo de Jesús); en el momento final de su vida, Jesús ora con la oración de su pueblo (Lc 23,46: Sal 31,6; Mt 27,46: Sal 22,2). Tanto en la vida privada como en los momentos decisivos de su ministerio público, Jesús ora. Lo podemos ver, por ejemplo, durante la predicación del Reino (cf. Mc 1,35-35. 6,46; Lc 4,42; Mt 15,36: multiplicación de los panes), en la elección de los Doce (cf. Mt 10,1 et passim), la curación de algunos enfermos (cf. Mc 7,34), la Transfiguración (Mc 9, 1-11 et passim), la oración en la última cena (cf. Jn 17,1-25), o en Getsemaní (Mt 26, 36-45 et passim). Jesús encuentra su fuerza en la oración: habla con Dios, discierne su vida, toma sus decisiones. Cuando encontramos en el evangelio la expresión *Jesús se retiró a solas* es que algo especial sucederá.

La oración es parte de la vida del Maestro. Jesús no usa la oración como una forma de proselitismo personal. Para él la oración es parte de su propia vida. En Jesús, vida, misión y oración van juntos. La oración es un elemento de la personalidad del maestro.

Jesús enseña a orar a sus discípulos

Ante la petición que los discípulos hacen a Jesús para que les enseñe a orar como lo habían hecho Juan con sus discípulos, él no responde dando consejos o sugiriendo métodos, él les regala su propia oración, dejándoles una señal de cómo se deben relacionar con Dios, como un padre (cf. Lc 11, 1-4; cf. Mt 6,9-13). En otros momentos, el Maestro va instruyendo con consejos y pautas a sus discípulos para que hagan una oración similar a la suya: *cuando hagáis oración...* (cf. Mt 6, 5-6).

La oración que Jesús hace lo diferencia de otros maestros y dirigentes religiosos, y sus discípulos lo notan. Ellos saben que ora, porque le ven hacerlo; se dan cuenta de que desaparece por las noches para estar solo, en algunas curaciones lo ha visto rezar antes de imponer las manos o tocar a los enfermos, o le han oído hablar con el Padre.

Jesús cuando les instruye sobre la oración no les dice qué salmos o himnos deben usar, les anima a que sean discretos y humildes, que no busquen los lugares destacados, ni que los demás lo vean (cf. Mt 6, 5-8. 23, 1-11). Que su oración sea auténtica, que salga de lo más profundo de su ser, desde lo secreto, desde el interior. Jesús no ofrece formas nuevas para orar, él mismo usa aquellas que el pueblo de Israel usa, las que ha aprendido en la sinagoga: el uso de los salmos y los himnos de la Escritura, la escucha y la

meditación de la Ley y los Profetas, las oraciones que vienen de los padres y que se remontan a los tiempos del nacimiento del pueblo de Israel.

Jesús agrega algo más, algo personal e íntimo, que es una revelación: Dios es Abba, es el Padre, el padre de todos, no un ser distante. Por eso, la oración que Jesús enseña a los discípulos comienza invocando a Dios como padre de todos. Pero no es el único momento en el que Jesús llama a Dios Padre; en varias ocasiones, Jesús ora al Padre y lo invoca así: *te doy gracias padre Señor del cielo y de la tierra* (Mt 11,25; Lc 10,21); *Padre te doy gracias porque siempre me escuchas* (Jn 11,41). La revelación de la paternidad divina significa una revolución en el campo de la oración: La oración se escucha, porque viene dirigida al Padre, el orante se reconoce como hijo que tiene una relación especial con quien lo escucha. La paternidad y la filiación son elementos de la oración de Jesús: Jesús, el hijo habla con Dios su Padre y, este lo escucha. Esto es lo que quiere transmitir a sus discípulos: la oración es un diálogo personal y profundo con el Padre, y en este sentido Jesús da ejemplo.

Cuando Jesús enseña el *Padrenuestro* a sus discípulos no les da lecciones sobre cómo orar, sino les comparte su propia experiencia; les dice cómo habla él con Dios, y que también es su padre. En otros momentos les dará pautas, consejos y advertencias para que su oración sea más encuentro personal que un rito o espectáculo, como podía pasar con la oración litúrgica judía, o las oraciones de los paganos. Discreción, humildad, confianza y encuentro son los elementos transversales de la oración que Jesús enseña a sus discípulos: *cuando hagáis oración no seáis como los paganos...*

Invitación a la oración

Jesús les encarga a sus discípulos que oren: para pedir obreros para la mies (Mt 9,36); para que puedan expulsar a los demonios (cf. Mc 9,29); para que venga el Espíritu Santo (cf. Hch 1,8); para que su acción sea más eficaz (cf. Mt 21,20: la oración hecha con fe). También les invita a velar para que no desfallezcan ante las tentaciones y las adversidades, para que no se desanimen (cf. Mc 13, 33; ver también la oración en el huerto). El Señor les indica que la oración deberá ir acompañada de la vida y el testimonio. Por ejemplo, no se pide el perdón para uno, sino se perdona al prójimo (cf. Mt 6,14-15); se ora para liberar y hacer el bien, no para hacer el mal a aquellos que no están de acuerdo con nosotros (los hijos del trueno que querían que bajara fuego del cielo: Lc 9,54).

El discípulo de Jesús ora para no desfallecer, ora en comunidad, ora para dar gracias, ora para que se le revele el camino, ora para pedir perdón, ora para que el Señor devuelva la salud y la vida a los hombres que sufren.

Leemos en los Hechos y en las cartas cómo los Apóstoles y otros seguidores de Jesús eran perseverantes en la oración, y cómo ellos mismos se convirtieron en referentes de oración para los nuevos discípulos de Cristo (cf. Hch 1,12-14. 2,42-47. 4,23-31. 6,6. 7,59. 9,40. 10,9-16. 12,5. 12,12; Rom 16,25-27; y no puede faltar la Carta a los Hebreos, donde Cristo viene presentado como el único Mediador entre Dios y los hombres).

3. Lectura orientativa

“Abba, les he enseñado que aprender a orar significa aprender a esperar y por ello aprender a vivir”¹

Del corazón del hombre venido de Dios [Jesús] brota una fuente de misericordia para cada uno de sus hermanos, dando vida al nombre que Dios le ha dado por medio de la boca del ángel. Él continuamente, permanece en oración desde la media noche hasta el alba, convencido de que sabe vivir bien quien sabe orar bien. Su mensaje es inseparable de su persona. Revela el ser de Dios con sus propios modos de actuar.

¡Es el hombre para los otros!

Uno de sus discípulos le pide enseñarle a orar, así como lo había hecho aquel a quién Jesús se había referido como el hombre más grande entre los nacidos de mujer. Jesús responde con brevedad, precisión y transparencia.

Jesús se encontraba en un lugar para orar; cuando hubo terminado, uno de sus discípulos le dice: ‘Señor, enseñados a orar, así como Juan enseñó a sus discípulos’. Y él dice a ellos: ‘cuando oréis decid: Padre, santificado sea tu nombre, venga tu reino, danos hoy nuestro pan de cada día y perdona nuestros pecados, ya que nosotros hemos perdonado a cada uno de nuestros deudores, y no nos abandones en la tentación’ (Lc 11, 1-4).

Abba, he pasado gran parte de la noche en oración, en soledad contemplativa contigo, en quien he puesto mi esperanza. Mi amor por ti, Abba, crece constantemente. Gracias de corazón por haberme acogido.

¹ JUAN LÓPEZ VERGARA, *La preghiera di Gesù*, Libreria editrice vaticana, Città del Vaticano, 2024, 59-63, trad. Fr. Tomás Gerardo Ortega González OAR.

¡Tengo una gran necesidad de estar contigo, Abba!

Tu contacto me acompaña, Abba, y me destina, despierta una gran paz en mi alma: no quiero vivir sino por ti, contigo y en ti.

Estaba acariciando la idea de hablar de la importancia de la oración, Abba, y uno de los discípulos me ha pedido que les enseñe a orar.

La primera cosa ha sido ensañarles a llamarte Abba, para explicarles su condición de hijos, y naturalmente, de hermanos.

En mi casa de Nazareth, Abba, he aprendido que ningún pueblo está tan cercano a ti como el nuestro. Es tu pueblo santo, consagrado a ti, que tú has elegido, de donde viene la salvación. Esto recuerdo Abba, has dejado una impresión indeleble que me ha configurado para siempre.

Mi padre tenía un carácter agradable, pero solemne. Irradiaba paz, Abba. El temor tuyo era el inicio de su sabiduría, experimentaba tu santidad.

¡Abba, tenía el alma dirigida a ti!

Cuánta fe tenía en tu amable fidelidad, Abba. Inmerso en su trabajo inmenso, vigilante y paciente, se distinguía por su simplicidad y el deseo de servir. Amaba la vida desenvolviéndose con una verdadera libertad de espíritu.

4. Recursos

San Agustín, Sermón 57.

2. El Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo, nos enseñó la oración. Y aunque, como habéis recibido y recitado de memoria en el Símbolo, el mismo Cristo el Señor es el Hijo único de Dios, no quiso ser único. Es el único y no quiso ser único: se dignó tener hermanos. Son aquellos a quienes ordena: *Decid: Padre nuestro que estás en los cielos. ¿A quién quiso que llamáramos padre, sino a su mismo Padre? ¿Tuvo acaso celos de nosotros? A veces los padres, cuando han engendrado uno, dos o tres hijos, temen engendrar más, no sea que los que lleguen tengan que mendigar. Mas, como la herencia que nos promete es tal que la obtienen muchos sin que nadie sufra estrecheces, por esto mismo llamó a ser hermanos suyos a los pueblos gentiles, y el que es Hijo único tiene innumerables hermanos que pueden decir: Padre nuestro que estás en los cielos.* Pronunciaron estas palabras hombres que nos han precedido, y las pronunciarán otros que nos seguirán. Ved cuántos hermanos en su gracia tiene el que es Hijo único, al hacer partícipes de su herencia a aquellos por quienes sufrió la muerte. Teníamos padre y madre en la tierra, para nacer a las fatigas y a la muerte. Hemos encontrado otros padres de quienes nacer para la vida eterna: Dios como Padre y la Iglesia como Madre. Pensemos, amadísimos, de quién comenzamos a ser hijos, y vivamos cual conviene a quienes tienen tal Padre. Ved que nuestro Creador se ha dignado ser nuestro Padre.

3. Hemos oído a quién debemos invocar y la esperanza de herencia eterna unida al Padre que comenzamos a tener en los cielos; escuchemos qué hemos de pedirle. ¿Qué hemos de pedir a tal Padre? ¿No le pedimos hoy y ayer y el otro día la lluvia? Nada

grande es lo que hemos pedido a tal Padre; y, sin embargo, veis con cuántos gemidos, con cuán gran fervor le pedimos la lluvia, porque se teme la muerte, temor a algo que nadie puede eludir. Más pronto o más tarde, todo hombre ha de morir; pero gemimos, imploramos, sufrimos dolores como de parto, clamamos a Dios con el fin de retrasar un poco la muerte. ¡Cuánto más debemos levantar a él nuestra voz para llegar adonde nunca muramos!

Catequesis del Papa Francisco: "Jesús, maestro de oración"
04 Noviembre 2020

En la vida de Jesús hay, por tanto, un secreto, escondido a los ojos humanos, que representa el núcleo de todo. La oración de Jesús es una realidad misteriosa, de la que intuimos solo algo, pero que permite leer en la justa perspectiva toda su misión. En esas horas solitarias - antes del alba o en la noche-, Jesús se sumerge en su intimidad con el Padre, es decir en el Amor del que toda alma tiene sed. Es lo que emerge desde los primeros días de su ministerio público.



Un sábado, por ejemplo, la pequeña ciudad de Cafarnaún se transforma en un “hospital de campaña”: después del atardecer llevan a Jesús a todos los enfermos, y Él les sana. Pero, antes del alba, Jesús desaparece: se retira a un lugar solitario y reza. Simón y los otros le buscan y cuando le encuentran, le dicen: “¡Todos te buscan!”. ¿Qué responde Jesús?: “Vayamos a otra parte, a los pueblos vecinos, para que también allí predique; pues para eso he salido” (cf. Mc 1, 35-38). Jesús siempre está más allá; más allá en la oración con el Padre y más allá, en otros pueblos, otros horizontes para ir a predicar a otros pueblos.

La oración es el timón que guía la ruta de Jesús. Las etapas de su misión no son dictadas por los éxitos, ni el consenso, ni esa frase seductora “todos te buscan”. La vía menos cómoda es la que traza el camino de Jesús, pero que obedece a la inspiración del Padre, que Jesús escucha y acoge en su oración solitaria.

El Catecismo afirma: «Con su oración, Jesús nos enseña a orar» (n. 2607). Por eso, del ejemplo de Jesús podemos extraer algunas características de la oración cristiana.

Ante todo posee una primacía: es el primer deseo del día, algo que se practica al alba, antes de que el mundo se despierte. Restituye un alma a lo que de otra manera se quedaría sin aliento. Jesús sin embargo educa en la obediencia a la realidad y por tanto a la escucha. La oración es sobre todo escucha y encuentro con Dios. Los problemas de todos los días, entonces, no se convierten en obstáculos, sino en llamamientos de Dios mismo a escuchar y encontrar a quien está frente a nosotros.

En segundo lugar, la oración es un arte para practicar con insistencia. Jesús mismo nos dice: llamad, llamad, llamad... Jesús nos educa en otro tipo de oración: la que conoce una disciplina,

un ejercicio y se asume dentro de una regla de vida. Una oración perseverante produce una transformación progresiva, hace fuertes en los períodos de tribulación, dona la gracia de ser sostenidos por Aquel que nos ama y nos protege siempre.

Otra característica de la oración de Jesús es la soledad. Quien reza no se evade del mundo, sino que prefiere los lugares desiertos. Allí, en el silencio, pueden emerger muchas voces que escondemos en la intimidad: los deseos más reprimidos, las verdades que persistimos en sofocar, etc. Y sobre todo, en el silencio habla Dios. Toda persona necesita de un espacio para sí misma, donde cultivar la propia vida interior, donde las acciones encuentran un sentido.

Finalmente, la oración de Jesús es el lugar donde se percibe que todo viene de Dios y Él vuelve... La oración nos ayuda a encontrar la dimensión adecuada, en la relación con Dios, nuestro Padre, y con toda la creación. Y la oración de Jesús finalmente es abandonarse en las manos del Padre, como Jesús en el huerto de los olivos, en esa angustia: “Padre si es posible que pase de mí este cáliz, pero que se haga tu voluntad”. El abandono en las manos del Padre.



5. Preguntas para compartir

1. ¿Qué considero más importante en la oración de Jesús?, ¿la forma o el contenido? ¿Soy capaz de distinguirlos?
2. Cuando hacemos oración, ¿somos discípulos de Jesús, o buscamos otros maestros más espirituales o modernos, o que nos satisfagan?
3. El Padrenuestro es la oración que Cristo nos enseñó. Cuando la rezo, ¿interiorizo sus palabras y las asumo como mías, o simplemente las repito como parte de los rezos y de la liturgia?
4. La frase: *Señor enséñanos a orar*, significa esa necesidad que tenemos de seguir en el discipulado de Jesús, de seguir aprendiendo de él. ¿Sigo en ese camino de búsqueda y de aprendizaje?
5. Reflexionemos sobre el siguiente texto de san Agustín sobre Cristo, la oración y nosotros: “De modo que cuando hablamos a Dios, suplicando, no separemos al Hijo de la plegaria, y cuando ruega el cuerpo del Hijo, no separe su propia cabeza, siendo él mismo el único Salvador de su propio cuerpo, nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, quien ora por nosotros, ora en nosotros, quien es rogado por nosotros. Ora por nosotros como nuestro Sacerdote; ora en nosotros como nuestra Cabeza, y nosotros le oramos a él como nuestro Dios...” (*Comentario al Salmo 85,1*).

6. Para profundizar en la vida de oración

De las *Catequesis* del Papa Francisco sobre la oración de Jesús:²

- “Jesús, hombre de oración” Publicado: 28 Octubre 2020
- “Jesús, maestro de oración” Publicado: 04 Noviembre 2020
- “Jesús, modelo y alma de toda oración” Publicado: 02 Junio 2021
- “La oración pascual de Jesús por nosotros” Publicado: 16 Junio 2021

LÓPEZ VERGARA Juan, *La preghiera di Gesù*, Libreria editrice vaticana, Città del Vaticano, 2024. (Existen traducciones en español, portugués e inglés).

De los textos de nuestro padre san Agustín:³

- Sermón 56
- Sermón 57
- Sermón 58
- Carta a Proba
- Comentario al Salmo 85

² Se pueden consultar en los sitios de internet de la Santa Sede: www.vaticannews.va o vatican.va en la sección de documentos y catequesis del Papa Francisco.

³ Se pueden consultar online en: www.augustinus.it



